Palos de noche

PERSONAJES

CHINCHORRO, jefe de la cuadrilla.
CANDELAS, compinche.
BASTIÁN, compinche.
RETOÑO, un Chinchorro al revés.
DON TRISTÁN, el cura.
PAQUILLO, tabernero del pueblo.
COLASÓN.
LUCAS, un muchacho.

CUADRO PRIMERO

En la taberna del pueblo.

PAQUILLO, solo.

PAQ.—(*Limpiando con un trapo.*) ¡Bien entiendes, Paquillo, bien entiendes el oficio de tabernero! Si a los perros bien *engordaos*, se les suele decir que les luce el pelo, a ti, te luce el oficio. (*Pausa.*) Otro par de años llenando chiquitos y bautizando botellas, y te puedes retirar a hacer vida de burgués. ¡Viva mi suerte! (*Pausa. Se oye a lo lejos un canturreo.*) Ya viene para acá tío Chinchorro y toda su comparsa. Esos sí que son chupones, chupones y grandes del pueblo; son los que tienen tierras y los que menos pagan a los trabajadores y los que más rabia tienen al cura. ¡Pobrecillo! ¡Pobre Don Tristán! Tan bueno como es, y el día menos pensado el pueblo se va a quedar sin cura, porque esos perros se lo van a merendar. Y el peor de todos es el Chinchorro, Vicente se

llama, pero bien ganado tiene que le llamen tío Chinchorro. (*Se oye cerca esta copla:*)

Muy bien canta la calandria,
muy bien canta el ruiseñor:
mejor canta una botella,
en quitándole el tapón.

Dicho, Chinchorro, Candelas y Bastián

Paq.—¡Bien dicho, Vicente! Que te pregunten a ti si no es bueno el vino.

Chinch.—El vino, lo mejor; pero no me llames Vicente, sino tío Chinchorro, que aquí todos nos conocemos.

Bas.—Eso, eso; lo mejor el vino. Y tú Chinchorro y yo Bastián.

Can.—¡Y yo Candelas! ¡Quién pudiera estar metido, cabeza y todo en una cuba de vino, y respirando sólo con una pajita que se metiese por las narices!

Bas.—¡Muy bien, Candelas! Que nos prepare Paquillo tres cubas llenas hasta arriba, tres pajillas, nos quitamos las alpargatas y nos metemos de cabeza.

Paq.—¿Tanto como eso?

Chinch.—Basta. Nos conformamos con que nos prepares a cada uno, como primera providencia, media docena de chiquitos.

Paq.—(*Sirviendo los vasos.*) Cuando queráis: ya están puestos.

Todos.—Ahora mismo. (*Beben.*)

Paq.—¡Que aproveche!

CHINCH.—Ahora hablemos de los asuntos del día.

BAS.—Está bien; hablemos.

PAQ.—Bueno, chicos, yo os dejo.

CHINCH.—Ya sabes, Paquillo, que se te estima como si fueses uno de nosotros. No obstante, haz lo que quieras.

PAQ.—Con paz quedéis, Chinchorro y la compañía. (*Vase.*)

TODOS.—Gracias.

CAN.—Bueno, Chinchorro, ¿para quién del pueblo ha de ser la paliza de hoy? ¿No tienes alguno que os haya hecho alguna faena?

CHINCH.—Que yo recuerde, nadie. Tío Quico me hizo una judiada el otro día; Don Panchico me debe dos cubas de vino; el sastre me ha llevado ya siete veces la cuenta a casa; tío Besugo, el peluquero, de poco me corta el otro día una oreja; la señá Nicolasa me estuvo burlando desde el tejado...

CAN.—Pues, ¿no decías que a nadie?

CHINCH.—Hombre... para mí, todos esos son nadie y un poco menos. A fin de mes liquidaremos con todos. Ahora tenemos que hablar de lo principal y principalito para nosotros, esto es, de cómo hemos trabajado y explotado las tierras en esta repajolera semana en cuyo sábado estamos: he dicho.

CAN.—Pues esta semana yo he cavado en mis tierras cinco parcelas y he arado otras cinco y he robado dos azadones al vecino y he dejado sin tejas a un cobertizo que tenía el mismo vecino, para hacerme yo otro...

CHINCH.—Basta. Semana bien aprovechada. A otra cosa, mariposa.

BAS.—Pues yo, no he hecho nada, se puede decir... He robado catorce ovejas al tío Lucilo, y catorce pares de alpargatas al tío Aldabillas el Cojo, y dos sacos de trigo al tío Caracoles, y no he robado el gorro al Guardia Civil del pueblo, porque se me ha pasado de la memoria; ya veremos si otra semana queda tiempo.

CHINCH.—Pues yo también casi nada. Veréis.

Dichos y LUCAS

LUC.—¿Está el señor Vicente? (*Asomando la cabeza.*)

CHINCH.—No; está el tío Chinchorro.

LUC.—(*Con miedo, entrando.*) Sí, pues, quería hablar con Don Vicente.

CHINCH.—Te he dicho, pedazo de alcornoque, que me llamo Chinchorro.

LUC.—Sí, pues... con el señor Chinchorro.

CHINCH.—Te he dicho, pedazo de adoquín, que me llamo Chinchorro a secas.

LUC.—Bueno; pues mire usté, señor Chinchorro.

CAN.—Pero, ¿no has oído, pedazo de burro, que se llama sólo Chinchorro?

BAS.—Pero, ¿no has oído, pedazo de gallina, que no se llama más que Chinchorro a secas?

LUC.—Bueno, pues, Chinchorro seco, digo a secas... (*Lo dice con las manos en la cabeza y miedoso.*) Pues, venía a decirle, que ya sabe que le debe a mi padre dos semanas...

CHINCH.—Sí; ya lo sé; y a otra vez que me lo eches en cara, te machaco los intestinos.

CAN.—Y yo otro tanto.

BAS.—Y yo otro que tal.

LUC.—Es que el pobre está enfermo; y que ya sabe usted que a mi hermano, el que más ayudaba a sostener la casa, le han tocado ahora las quintas, y que además tenemos los cinco chiquillos con sarampión, y nada... que me dice mi madre que si pudiera usted pagarnos los atrasos que nos debe...

CHINCH.—No puedo.

LUC.—Pero considere usted que mi madre no puede más, con el marido enfermo...

CHINCH.—No puedo.

LUC.—Y con el hijo mayor soldado.

CHINCH.—No puedo.

LUC.—Y yo no llego a todo, y los cinco pequeños con sarampión, que están más coloraditos que unos tomates...

BAS.—Que te calles; no le da la gana, y hace bien.

CAN.—Y además, si no te callas... (*Levanta el garrote, amenazador.*)

LUC.—(*Iniciando la salida.*) Pero la caridad cristiana, señores... la caridad...

CHINCH.—¡Qué caridad cristiana ni qué gaitas! (*Le amenazan con los garrotes, más él logra escapar sin que le toquen.*)

CHINCHORRO, BASTIÁN y CANDELAS

CAN.—Esto es inaguantable.

CHINCH.—Imposible.

BAS.—Impermeable, digo, imperdonable.

CAN.—Y lo más gordo es que yo ya sé quién tiene la culpa de todo.

CHINCH.—Sí, Candelas, sí; ése es el que nos trae a todos de cabeza.

BAS.—Sí, Chinchorro, sí; ése es el culpable.

CAN.—Pues, a ése hay que machacarle la nuca.

CHINCH.—Hay que masticarle el pescuezo.

BAS.—Hay que triturarle los hígados.

CHINCH.—Y ése, ya lo sabemos, es el cura.

CAN.—Eso es: el cura.

BAS.—El cura. (*Beben.*)

CHINCH.—De sobra sabéis que Don Tristán, el cura, es para nosotros lo mismo que el gato para los ratones.

CAN.—De sobra.

CHINCH.—Y demasiado sabéis, que hay que inutilizarlo o matarlo, o todo a un tiempo.

BAS.—Amén.

CHINCH.—También sabéis de sobra, que Don Tristán va todos los domingos a decir misa a la ermita de San Lesmes.

CAN.—Perfectamente sabido.

CHINCH.—Y también tenéis requeteaprendido que para subir a la ermita de San Lesmes no hay más que un camino...

BAS.—Sí; el camino del Pedregal.

CHINCH.—Pues bueno, mañana, domingo, tempranito, a las seis, antes de que pase Don Tristán por el camino del Pedregal, os quiero ver a los dos como si fueseis un solo hombre y os quiero ver con garrotes y os quiero con unos capotes largos y negros para que no se nos conozca, y os quiero ver con la asadura suficiente para des-

hacer de tal manera a garrotazos a Don Tristán, que no le queden ni las uñas.

BAS.—Está bien. Pero escucha, ¿no te parece bien que llamemos a Colasón, para hacerlo así con mayor facilidad, sobre todo, si le acompaña alguno al cura, el sacristán, por ejemplo?

CHINCH.—Me parece muy bien.

CAN.—Y a mí. Y ¿no te parece bien que esto que acabamos de decir, lo subrayemos con juramento?

CHINCH.—Me parece bien.

BAS.—Eso mismo digo yo.

CHINCH.—Pero os advierto que os voy a poner unos jumentos muy fuertes...

CAN.—Por muy fuertes que sean, más fuertes somos nosotros. (*Entra Paco Retoño; se sienta en otra mesa. Saca un periódico, lee, pero oye la conversación.*)

CHINCH.—Pues ¡a jurar! Lástima no se os hiele la sangre de las venas y los huesos se os pongan más blandos que unos merengues, y os entre un tembleque que se os meta el baile de San Víctor, si no juráis que sois capaces de matar vivo a Don Tristán.

BAS. y CAN.—(*Poniendo la mano abierta sobre la mesa.*) Juramos, juramos, juramos.

CHINCH.—Lástima no os entre un estornudo, que no podáis estar sin toser en toda vuestra repajolera vida, y os quedéis cojos y mancos y mudos, si no juráis que sois capaces de matar vivo a Don Tristán.

CAN. y BAS.—Juramos, juramos, juramos.

CHINCH.—Lástima que, después de todo lo que os he dicho, no os entre el tifus y la viruela loca,

y el garrotillo y el sarampion, si no juráis que sois capaces de matar vivo a Don Tristán. (*Paco Retoño, que se ha dado cuenta de todo, se levanta y les da un garrotazo a cada uno, diciendo:*)

PACO.—¡Juramos, juramos, juramos! (*Se escapan corriendo y gritando.*)

PACO RETOÑO, solo.

PACO.—¡Toma juramentos y chúpate ésa! Pues ¡no faltaba más sino que a mi amigo Don Tristán vinieran estos pelagatos de títeres a molestar como si estuviesen jugando a guardias y a ladrones! Mal lo pasará el que intente tocar el pelo de la ropa al señor cura. No hay todavía chulo en este mundo capaz de sentar los cinco dedos de la mano derecha a este pecador que se llama Paco Retoño, y ¿va a venir ahí, un simple tío Chinchorro, o Chinchorrillo o Chinchorrete, o como se llame, a reírse de Don Tristán? ¡Tendría gracia! Mañana, a las seis en punto de la mañana, estará Paco Retoño en el camino del Pedregal; y veremos quién es el que se merienda a quién; si son ellos los que me deshacen a mí la nuca, o si soy yo el que me los cargo a todos por delante. ¡Mañana veremos! (*Sale precipitado.*)

CUADRO SEGUNDO

DON TRISTÁN y PACO

PACO.—(*Entrando despacito.*) Adelante, Don Tristán. Cinco minutos más de andar, y estamos ya en la ermita de San Lesmes.

DON TRIS.—¡Qué bien dice el joven al viejo: cinco

minutos más de andar! Cinco minutos de andar son para mí cinco años. ¡Este camino del Pedregal me está robando poco a poco la vida! Bien sabe Dios que a no ser por decir misa los domingos a estos pobres cabreros, no haría tal sacrificio.

PACO.—Ya comprendo, Don Tristán: el reuma, la cuesta, este fresquillo penetrante del amanecer y, sobre todo, el peso de los años...

DON TRIS.—Que lo digas, hijo mío... Aquí descansaré un poco, junto a este roble... Cuéntame, cuéntame, Paco querido, qué tal te ha ido por esas lejanas tierras de América...

PACO.—Dejémonos de cuentos, Don Tristán, ya le he dicho que esos canallas de Chinchorro y compañía estarán para llegar de un momento a otro...

DON TRIS.—No temas, Paco, que el Angel de la guarda velará por nosotros: por ellos lo siento yo... ¡Pobrecillos! Dime qué decían los desgraciados en la taberna de Paquillo.

PACO.—¿Qué decían? ¡Pobres! Cosas buenas, ninguna. Que le van a coger a usted, que le van a machacar, y qué se yo cuántas cosas más. Estaban bebidos.

DON TRIS.—¡Dios les perdone y les convierta!

PACO.—Vergüenza les debía dar a los sinvergüenzones de ellos meterse con un pobre anciano. ¡Que vengan acá, a probar estos puños, y verán cómo las gasta Paco Retoño!

DON TRIS.—Calla, calla, que si tú no eres como ellos, es por la misericordia de Dios. (*Suenan las seis.*) Vamos allá, que ya es hora. (*Camina despacio y apoyándose en Retoño.*)

PACO.—¿Se cansa usted, Don Tristán?

DON TRIS.—¿Qué se va a hacer, hijo? Los años.. ¡Todo sea por Dios! (*Vanse.*)

CHINCHORRO, BASTIÁN y CANDELAS

CAN.—¡Diablos con este camino!

BAS.—Ni que fuésemos gatos nosotros, que tuviésemos uñas en las patas para poder subir por estos andurriales...

CHINCH.—¡También es ocurrencia del cura subir todos los domingos entre piedras y barro y zarzas!

CAN.—Salir, puede ser que salgamos con la nuestra y que cojamos a Don Tristán; pero ¡ya nos va costando!

CHINCH.—Aquí el que mejor ha salido es Colasón: se conoce que le pica la cuesta y lo está tomando con más calma.

BAS.—Ya debiera estar aquí con creces. ¡Valiente gandul!

CHINCH.—Pero, ¿ya le avisaste?

BAS.—¿No le voy a avisar? Tan pronto como salimos de la taberna de tío Paquillo, fué a su casa, y me juró y perjuró dos mil veces que estaría aquí el primero de todos; que si alguien había en el mundo que tuviese rabia al cura, era él; que si alguien le quería saltar los ojos, era él; que si alguien le quería machacar los sesos, era él; que si alguien, etc., etc., era él. Yo creo que no mentía... Habrá venido ya...

CAN.—¡Ten paciencia, hombre! Le habrá podido ocurrir cualquier incidente. Todos estamos expuestos a incidentes, Bastián!

CHINCH.—Esperaremos. (*Pausa.*)

CAN.—A propósito, ¿sabéis qué se decía anoche por el pueblo?

CHINCH. y BAS.—(*Asustados.*) ¿Qué?

CAN.—Pues, nada, que nada menos que Paco Retoño, pues que había vuelto de América.

CHINCH.—Tú has perdido el juicio, Candelas.

CAN.—Estoy en mis cabales, Chinchorro; y se decía más: que había estado solo en la taberna de tío Paquillo, a eso de las ocho y media.

CHINCH.—Pero, ¿cómo crees tú, pedazo de ave fría, que va a estar Paco Retoño en la taberna de tío Paquillo hasta las ocho y media, si nosotros estuvimos allí casi hasta las nueve?

CAN.—Pues... eso es lo que yo no me explico.

BAS.—¡Como no fuese aquel pedazo de mostagán, que cuando estábamos en lo más solemne de los juramentos, nos metió un garrotazo por barba!

CHINCH.—Calla de ahí, mostrenco; que de Paco Retoño para acá no ha existido hombre mejor en todo el mundo.

BAS.—Eso mismo digo yo, Chinchorro.

CAN.—Y yo, Bastián.

CHINCH.—¿No vos acordáis tan siquiera, de lo alègre que era Retoño y de lo simpático y de lo generoso y de lo agradecido que era, o qué?

BAS.—Pues ¿no me voy a acordar?

CAN.—Y yo.

CHINCH.—Y ¿no vos acordáis tan siquiera de las veces que nos llevaba a merendar y a pasar la tarde al huerto de su difunto padre, o qué?

BAS.—Pues ¿no me voy a acordar?

CAN.—Y yo.

CHINCH.—Y ¿no vos acordáis tan siquiera de cuan-

do íbamos los cuatro juntos a la escuela, y las veces que tenemos jugado con él, o qué?

BAS.—¡Que si me acuerdo, Chinchorro!

CAN.—Y yo también.

CHINCH.—Pues entonces, ¿qué habláis vosotros, chorlitos sin plumas?

CAN.—¡Calla un momento! ¿no veis allá? (*señalando*).

BAS. y CHINCH.—¿Dónde?

CAN.—Allá. ¿No veis un farolillo de un hombre que avanza por el camino?

BAS.—Tiene que ser el cura.

CAN.—Estaría bueno que fuese Colasón...

CHINCH.—¡Ca! es el cura. Cada mochuelo a su olivo y cada mano a su garrote.

CAN.—Ya sabes lo que somos, Chinchorro.

BAS.—Lo mismo digo (*se esconden*).

CHINCH.—Ya se acerca.

CAN.—Ya viene.

BAS.—Silencio...

Dichos y COLASÓN

(*Colasón entra con una capa larga, farol y un garrote, Chinchorro grita*: ¡Al saco! *y entre todos le meten por la cabeza un saco y le propinan una tunda soberana.*)

COL.—(*Grita a cada golpe.*) ¡Ay! ¡Socorro! ¡Perdón! ¡No lo haré más!

CHINCH.—¡No hay perdón que valga! (*golpe*).

BAS. ¡No hay socorro que valga! (*golpe*).

CAN.—¡Ya lo creo que no lo harás más! (*golpe*).

BAS.—¡Que te venga el sacristán a sacar del saco!

CAN.—¡Viva Chinchorro, el organizador de esta somanta!

TODOS.—¡Viva! (*A cada viva, dan un porrazo en el saco, que envuelve al hombre caído en tierra. Suena enormemente, pero Colasón ya no grita*).

BAS.—Vivan los garrotazos que le estamos arremetiendo al cura!

TODOS.—¡Vivan!

CHINCH.—¡Viva yo!

TODOS.—¡Viva!

CHINCH.—Pues, ¡venga tunda! (*Paliza hasta que se cansan*). Ya basta. Ahora nos vamos a sentar ahí, en esos troncos, a despachar el vino y el queso que llevamos, para recuperar las fuerzas perdidas, y reconfortarnos de los estacazos.

CAN. y BAS.—¡Muy bien pensado! (*Se van por la derecha*).

COLASÓN, solo

COL.—(*Tras unos momentos de silencio, se incorpora, se quita el saco, muestra un rostro asustado y dolorido, se acaricia la cara y la cabeza, se tienta el cuerpo, se pone de pie, mira a todos lados y dice*:) ¡Y yo que venía decidido a pegar al cura! En la vida he recibido paliza mayor... Menos mal que logré poner mi garrote delante de mi cabeza, en cuanto me metieron en el saco, y me hice el muerto, que si no, me matan de veras... ¿Quiénes serían esos bárbaros? Con la oscuridad y el susto no los he podido conocer... ¡Ay, qué molido estoy! Y en fin de cuentas, bien merecido lo tengo, por haberme comprometido a pegar a don Tristán, que es un bendito... Esto

es un castigo de Dios... ¡Ay de mí! (*Mira hacia la izquierda, y exclama*) ¡Viene don Tristán...! ¡Antes que pegarle a él, me pego en los ojos! ¡Una y no más, Santo Tomás! (*Tira el garrote y corre por la derecha.*)

DON TRISTÁN, luego CHINCHORRO, BASTIÁN, CANDELAS y RETOÑO

DON TRIS.—Me pareció oír por aquí golpes y voces, cuando me estaba preparando para la Santa Misa, pero veo que no hay nadie... (*Mira por todas partes*).

CHINCH.—(*Asomando por la derecha.*) He visto desde allá que el saco rebullía... (*Ve a don Tristán*) Oh, se ha salido...! (*Grita hacia la derecha*). Bastián, Candelas, ¡aquí! ¡Pronto, que el cura se ha salido del saco!

DON TRIS.—¿Que me he salido...? ¿Qué dice este hombre?

CAN.—(*Llegando con Bastián.*) ¿Llamabas, Chinchorro?

CHINCH.—¡Listos: al saco con él, que se nos ha escapado! (*Se acercan a don Tristán con los garrotes en alto.*)

RET.—(*Se interpone*) ¡Alto ahí! Al que toque al cura le aso yo las asaduras. (*Amenaza con un garrote y se adelanta cubriéndose la cara con el embozo de la capa*).

CHINCH., BAS. y CAN.—(*Se tiran atrás.*) ¿Cómo?

RET.—¡Lo dicho! Y si además no bajáis esos garrotes, la emprendo ahora mismo con todos y no dejo de vosotros ni los botones de las camisetas!

CHINCH.—Pero... ¿quién eres tú? (*Se adelanta.*)

RET.—¿Recordáis uno que pasó con vosotros la juventud y que era vuestro compañero en todas vuestras travesuras?

CHINCH.—No sé a quién te puedes referir.

RET.—¿Recordáis uno que era vuestro compañero en la escuela y del que no podíais prescindir en ninguna parte?

CHINCH.—(*Amenazador.*) Repito que no sé a quién te puedes referir.

RET.—¿Un muchacho con quien ibais a merendar al huerto de su difunto padre tantísimas veces?

CHINCH.—Repito, y acabemos, que no sé de quién se trata.

RET.—...y que hace cinco años marchó a América...

BAS.—Y que volvió anoche, ¿no es eso?

RET.—Sí; pues soy yo, Paco Retoño.

CHINCH.—No te conozco.

RET.—(*Cariñoso.*) Y ahora ¿tampoco me conoces? (*Se quita la capa*).

CHINCH.—Pues ¿no te he de conocer? (*Se tira a abrazarle, lanzando el garrote al suelo.*) Retoño mío.

RET.—(*Deteniéndole.*) No, no quiero. Tu abrazo me ahogaría y tu aliento me daría asfixia. He visto en todos tus actos la negrura de la venganza y del crimen.

CHINCH.—¿Qué dices, Retoño?

RET.—Dime: ¿por qué odias a don Tristán?

CHINCH.—Hombre, eso... yo no...

RET.—Eso no tiene pero que valga. ¿No eras tú el que conmigo venías al catecismo, que tan cariñoso siempre nos explicaba don Tristán?

CHINCH.—Hombre, sí; es verdad... yo no...

RET.—Y ¿no recuerdas cómo teníamos un cuaderno y vales, y al fin del año nos llevaba locos de contento a una excursión?

CHINCH.—Hombre, sí recuerdo... pero yo no...

PACO.—Y ¿no recuerdas tú cómo se desvivia por visitarnos cuando estábamos enfermos, y hasta lloraba cuando éramos malos?

PACO.—Y ¿no recuerdas cómo subíamos los dos muchos sábados aquí a la ermita de San Lesmes, y cómo juntos cantábamos, todo lo fuerte que nos llegaba el aliento, unos versos muy bonitos que tenías tú apuntados en un cuadernillo?

CHINCH.—(*Llorando.*) Sí... Retoño.

RET.—Todavía parece que los estoy oyendo:

Virgencita María,
Virgen de amores,
contempla arrodillados
a estos pecadores;
y en la agonía
nunca nos dejes Madre.
Sabes María...

CHINCH.— que somos pobrecitos pecadores.

RET.—(*Enérgico.*) Pues ahora dime: el pueblo entero sigue al cura como unos fieles corderillos, y tú eres el único que con esos dos, no só'o no le sigues, sino que le odias y hasta intentas matarle. ¿Qué mal te ha podido hacer a ti un hombre que desde la mañana hasta la noche no hace más que pensar en sus pobres hijos, que lo mismo son para él los más ricos del pueblo, que los más pobrecitos, lo mismo los que tienen muchas tie-

rras y muchas casas que los que no tienen más tierra que para enterrarlos...?

CHINCH.—Mira, Retoño...

PACO.—Dime, dime, a ver: ¿Qué te ha podido robar Don Tristán? Antes era rico, y vosotros mismos ibais a trabajar a sus viñas, y tenía casas en la misma plaza del pueblo; y hoy, a fuerza de repartírselo entre todos, no puede ni comprar otra sotana, y ésta se le está cayendo a pedazos.

CHINCH.—Mira, Retoño...

RET.—Habla, si quieres.

CHINCH.—Me has tocado las fibras más tiernas del corazón, y ¡qué recontra!, después de lo que he llorado, no me queda más que decir la verdad.

PACO.—Habla.

CHINCH.—Pues mira: si yo tenía rabia al cura y le despreciaba y le quería hasta matar, es porque el cura era para mí lo que la langosta es para las uvas, que las agosta.

PACO.—Explícate.

CHINCH.—Sí, porque don Tristán se cansaba de repetir todos los domingos en la misa de la parroquia: "Feligreses, propietarios, miréis ustedes, que el jornal de los trabajadores es la cosa más sagrada que hay en el mundo; que Dios os va a pedir cuentas muy estrechitas de lo que les habéis dejado de pagar; y que si sois malos con ellos, la maldición de Dios caerá sobre vosotros".

PACO.—Pues, claro.

CHINCH.—Y, ¡amigo! me decía yo: si pago a los trabajadores que tengo en mis tierras tanto, me queda como cinco; pero si les pago menos, me queda como siete; pues, a pagarles menos para

que me quede más. Y por eso, al cura, quería exterminarlo y rematarlo y...

CAN.—...machacarlo. (*Se seca una lágrima*).

BAS.—Y enterrarlo. (*Se seca otra*).

CHINCH.—Por lo demás, desde hoy empiezo a ser lo que cuando jóvenes éramos, cuando vivías conmigo (*abraza a Retoño*), y por lo demás, señor cura, disponga usted de mí y de mis tierras y de mi corazón y de mi vida y de mi todo.

PACO.—Perdónele, don Tristán; ya ve lo que dice. (*Lo pone en un brazo del cura.*)

CAN.—Y a nosotros también, don Tristán, que nosotros no hacíamos más que lo que nos decía Chinchorro.

BAS.—Igualito, igualito le digo, señor cura. (*Se cogen el otro brazo.*)

DON TRIS.—Yo no os perdono ahora, hijos míos. Yo os perdoné hace mucho tiempo... ¡que Dios os bendiga!

CHINCH.—

Si en este mundo
hay gente mala
que le odia al cura
hasta la entraña,
es que en el saco
de la conciencia
tiene algo malo
que les molesta.
Por el contrario
aquí adentrico
decimos todos:
¡Es un bendito!